

## Dimensiones del desencanto en dos novelas contemporáneas mexicanas

Marco Tulio Aguilera Garramuño

Universidad Veracruzana

**H**ay una vertiente de la novela mexicana que refleja de diversas maneras un rechazo contra la situación actual del país y las consecuencias personales que ella acarrea. Dos autores, Luis Arturo Ramos y Enrique Serna, en sus obras recientes, son representativos de esta corriente. En ambos se muestra la crisis del matrimonio y del sistema político, y la situación sin salida en ambos casos.

*La casa del aborcado* (Grijalbo, 1992) de Luis Arturo Ramos es la novela de la desilusión y la venganza, la novela del exabrupto contra el mundo, contra el país, contra el matrimonio, contra los hijos y la familia, con sus ritos ridículos y sus fanfarrias domésticas. Novela salida de los moldes de las actuales corrientes, se halla lejos de la recuperación histórica, del lenguaje de la adolescencia, de la denuncia política (sería más bien una obra de denuncia doméstica, tanto a nivel familiar como a nivel nacional). Lejos también de la obra de aventuras, se acerca más a la comedia humana (o a la parodia humana). Que la vida familiar y civil tiene mucho de cómico, no hay duda (siempre que se le vea desde afuera), y que la comicidad del carácter doméstico y ritual de esta vida resulta en un saldo trágico y risible para la pareja, podría plantearse como un valor axiomático. La mayor parte de las grandes obras de cultura y la civilización se hicieron, si bien dentro de la vida doméstica, más a pesar de que gracias a ella — pensar en las mujeres y las circunstancias de Beethoven, Goethe, Dostoyevski, en la vida miserable de Kafka y las peripecias de Miller, Hemingway, Durrel.

El protagonista de Ramos poco tiene de genial. Sus aspiraciones son, por decir algo leve, miserables: riqueza, plenitud sexual, una amante, diversiones inanes. Montalvo, el protagonista, perdió todos sus ideales en el camino hacia la madurez. La novela es la historia de una rebelión, de la ruptura con los valores que sustenta un

matrimonio convencional. Si buscara uno semejanzas temáticas en la literatura mexicana, tal vez no las hallara. Acaso sí las encontrara, sin embargo, en las obras de Updike (*Parejas, Corre Conejo*), donde se busca comprender la problemática del siglo y de una sociedad, en el núcleo familiar. O aun más, donde el relato no busca más allá del horizonte doméstico.

*La casa del ahorcado* quiere ser una caricatura de los años ochenta, en general, y del sistema político mexicano en particular —sólo la caricatura puede dar cuenta del México político de fines del milenio, parece afirmar Ramos en esta parodia mayor. Esta obra es también un seguimiento de la generación de desencantados latinoamericanos que ya perdieron la fe que los sustentaba: sin religión, sin ideología, sin amor, sólo les queda el sexo y la ebriedad.

Ramos parece plantear que lo que tiene de cómico esta generación de seres apagados, es lo que los hace personajes dignos de tragedia: son patéticos, risibles, épicos de tan líricos, simpáticos en su estupidez. El protagonista es un mexicano de clase media, con todos sus prejuicios, particularmente con un machismo que lo convierte en caricatura de la caricatura. Montalvo es el ahorcado, es decir, el hombre casado. Casado: castrado. La fórmula no puede ser más exacta ni menos precisa para describir una realidad institucional que se basa más en la desidia, la costumbre, la cobardía, la hipocresía y todos los antivalores imaginables: el matrimonio. La vida del protagonista se torna una ruta sin salida no sólo porque Montalvo no halla escapatoria a la crisis matrimonial (crisis que se basa en el vacío: no espera nada porque supone que no hay nada que esperar, mientras siga atado a su mujer), sino porque el cuerpo social —su país, su sociedad, sus amigos— también está enfermo y es, a su modo de ver, incurable. Y como puntillazo, viene el golpe donde más le duele al macho: un día descubre que simple y llanamente su dulce fallo no quiere levantar la cabeza, particularmente con su esposa. A partir de este punto la impotencia personal se vuelve simbólica: no se trata sólo de que a Montalvo no se le pare el asunto, sino que México simplemente no la hace —fracasaron los ideales de la revolución mexicana, fracasó el marxismo, amor y paz son sólo palabras retóricas que sirven para ganar dinero a algunos cantantes retrógrados, Fidel Castro y el Ché, Pancho Villa, no sirven para causar risa y vender afiches, en Tlatelolco murieron los últimos profetas del nuevo mundo— México

está en un callejón sin salida: la corrupción se enseñorea, la hipocresía y el dejar hacer son leyes del establishment, lo que vale es ser vil, ser servil. Al fallar la sexualidad y la política —esos dos extremos del puente colgante de la realidad de todos los seres humanos— comienza a hacer verdaderamente agua el matrimonio y todos los valores que sustenta. El matrimonio, concluye Montalvo, no es el resultado del amor, ni la sagrada institución que permite la perpetuación de la especie, ni un mutuo acompañarse hacia la consoladora paz del sepulcro, ni un alivio a la inagotable lujuria sino la recíproca estupidización, la pérdida de los proyectos personales y de la identidad. De la fría mirada del protagonista no escapa nada y uno casi puede adivinar la sonrisa sardónica del autor desmontando pieza a pieza ese artílugo social de la civilización occidental que es el matrimonio. Dije no escapa nada. Debo aclarar: no escapa casi nada. Sólo hay un aspecto en el que parece cifrarse la redención de este Prometeo desencadenado: en la sexualidad. La sexualidad, siempre que esté vigente, permite esperar algo, aunque sea un buen polvo con la secretaria o la fantasía de que esa hembra que pasa al lado en la calle pueda entregarse en cualquier momento, pueda jalarlo a un retrete y entregarse frugalmente (como sucede con frecuencia en las novelas de Miller). Perspectiva machista, sin duda, ésta que nos ofrece Luis Arturo Ramos en los ojos de su protagonista. Perspectiva anti-hembrista, se lanza contra todo lo que representan las mujeres, se ríe, se caga en ellas de forma casi suicida.

Hay un cierto maniqueísmo en la obra. No existen términos de comparación; los personajes son caricaturescos: los machos son machos y las hembras hembras y los niños insopportables, el país carece de redención, no hay Dios ni Ley y el mundo avanza hacia el cataclismo de final de milenio con México como lastre mayor. Si toda redención sólo puede esperarse del sexo —Montalvo sólo espera de las mujeres sexo, ya el amor lo archivó bajo siete sellos— todo lo demás simplemente vale un cacahuete y la misma civilización con sus embelecos —el arte, el erotismo (ese arte a dos manos, generalmente), la filosofía, la arquitectura y todas las *turas*, como escribiría Cortázar— pueden irse directamente al infierno.

Por su parte, con un estilo transparente, periodístico, sin adornos, Enrique Serna nos ofrece en *El miedo a los animales* (Joaquín Mortiz, 1995) la visión apocalíptica de un país que parece conocer

bien, y en el que se entrecruzan dos mundos: el de los judiciales y el de los intelectuales. El autor establece este paralelismo gracias a un protagonista que vive a medio camino entre los dos grupos.

Escríptura despiadada, develadora, sin hipocresías, sirve de denuncia de toda una organización social, que, a su modo de ver, ha hecho de la cultura parte de toda una trama nacional en la que campea la corrupción, la ineptitud, el servilismo, la inefficiencia, el culto a los poderosos. El lector recorre con Evaristo, el escritor-judicial, los laberintos intelectuales y judiciales del D.F. en una especie de paseo por dos infiernos paralelos, en los que la palabra honestidad es un insulto.

Dos actos nobles desencadenan la acción: el traicionar por primera vez a su corrupto jefe en la judicial para salvar a un escritor que se había atrevido a insultar al presidente, y el enamorarse de una estripticera.

El modelo del mundo que nos pinta Serna es simétrico: la institución cultural está hecha a la medida de la judicial y viceversa.

Verdaderamente sin aliento vamos tras Evaristo en las diversas etapas de su vida, lo vemos acosado, en Acapulco, acompañado por una maldiciente española, lo vemos correr por las calles perseguido por pistoleros, asistimos a la muerte de su amante, y así sin tregua, tras gran cantidad de persecuciones, hasta el remanso de la cárcel, donde la novela nos depara sorpresas que el lector habrá de descubrir.

Radiografía de un México que se conoce, se adivina e incluso aburre en las crónicas periodísticas, pero que hasta el momento no había visto retratado con tanta perspicacia en una novela, *El miedo a los animales*, vale por lo que no tiene de moralista ni de memorial de agravios. Las cosas no son así. El autor no quiere cambiarlas. El protagonista, de alguna manera, sí: de ahí su crisis, su situación de huida hacia el fin del mundo. Evaristo es un quijotito contemporáneo, un héroe de una cruzada moral personal, todo un personaje lleno de furor divino, en lucha contra las fuerzas del mal.

Una y otra novela representan visiones pesimistas de lo íntimo y lo social. Las dos buscan salidas: Ramos con un antihéroe y Serna con un héroe. Ni una ni otra hallan en verdad una solución ética. Pero muestran la preocupación de una generación por un estado de cosas, que los dos coinciden, no tiene solución visible en el horizonte.